

Alberto Tovar

¿Y el Obama mexicano?

El triunfo de Barack Obama va más allá de un cambio en el paradigma del pueblo de Estados Unidos, en el sentido de que un afroamericano llegue a la presidencia. El enfoque social de su campaña rompe con el estereotipo de una plataforma capitalista y trae consigo connotaciones trascendentes para el resto del mundo y, particularmente, para México.

Obama fue un candidato que ofreció el cambio y la esperanza de una redistribución más justa de la riqueza, y aun cuando de las promesas de campaña a la realidad hay un trecho muy largo, es evidente que su triunfo está fundamentado en la expectativa de un mejoramiento en la clase media estadounidense.

El arribo del demócrata a la Casa Blanca confirma que una crisis influye al grado de poder vencer fenómenos tan perversos y arraigados como el racismo. La debacle financiera y la mala gestión de George W. Bush provocaron el descalabro de los republicanos y, por muy fotogénico que haya sido Obama, sin estos ingredientes hubiera perdido muy probablemente.

De entrada, los mercados ven con escepticismo la futura administración y deberá dar señales claras de cuáles serán sus acciones para sanear el sistema financiero y estimular el consumo para reiniciar la ruta del crecimiento y recobrar las fuentes de trabajo perdidas; la siguiente fase será ganar la confianza de los grandes capitales, pues aun

cuando el mundo aclamó su victoria, deberá gobernar a EU

en donde los intereses de ese país son la prioridad.

Para México es un candidato que a primera vista se percibe favorable con un perfil menos intervencionista y acorde con las minorías; sin embargo, su prioridad estará en su propia economía, al grado de que podría incluso revertir parcialmente la apertura a favor de los sindicatos y revisar el Tratado de Libre Comercio, como lo prometió en campaña.

Proporciones guardadas, ya que la señal viene del país capitalista por excelencia, confirma la tendencia de naciones latinoamericanas en donde ha ganado la izquierda con el voto popular, ante el hastío de crisis sucesivas y medidas que golpean bolsillos y oportunidades de trabajo.

Es importante que los hacedores de la política económica tengan claro este fenómeno, pues para nosotros el enfoque social puede contaminarse fácilmente y llegar al populismo. Mientras que para los vecinos del norte se antoja como un viraje suave hacia lo social, para México existe el riesgo de un golpe de timón que nos suma en una gran depresión.

Felipe Calderón ya tiene su propio purgatorio con la crisis de seguridad y la inminente desaceleración económica que calentará los ánimos sociales. Es por ello imprescindible un replanteamiento que signifique mantener una prioridad sobre el mercado interno. ☒

atovar@finsat.com.mx

